

# SUPLEMENTO INFANTIL

## DE

# EL BIEN PÚBLICO

oooooooooooo Mahón, 11 de Diciembre de 1924 ooooooooooooo

## LA VEJEZ

A primera vista parece que la idea de ancianidad inspira miedo: tal vez repugnancia; se dice que la vejez es triste y se la considera como la época más desgraciada de la vida. Pero reflexionando un poco no debe apreciarse de tan repulsiva manera. Es verdad que hay viejos que se hallan en condiciones tristísimas. Pero acaso no hay situaciones tristes en todas las edades?

Descontando casos dolorosos, que los hay, debemos, por lo general, buscar el lado bueno de las cosas. Si siempre nos aplicáramos a buscar el lado bueno de las cosas! ¡Cuántos sabores y suficientemente no evitaríamos!

Dios no ha desprovisto de ventajas y consuelos ninguna edad. La niñez tiene sus encantos su inocencia, sus juegos sus risas y alegrías. La juventud, bella edad de ilusiones, entusiasmos y esperanzas también tiene sus encantos, como los tiene la edad viril, con sus ideas su fuerza y su madurez. Pero la ancianidad tampoco esta desprovista de ventajas. El viejo tiene la experiencia, y vulgarmente se dice que la experiencia es madre de la ciencia, y en realidad es madre de la gran ciencia: la ciencia de la vida. El viejo ha visto la verdad de la existencia, ha comprobado la nada de las cosas humanas; y no puede fácilmente sufrir engaños ni desengaños.

Es claro, que los atractivos físicos han desaparecido; el cabello lustroso o rizado, los dientes blancos que antes hermozeaban el rostro, se han caído; los ojos se han vuelto pequeños; las arrugas surcan mejillas que antes fueron tersas y coloradas; el cuerpo se ha encorvado, las piernas flaquean; las manos tiemblan, es decir, el hombre es una ruina.

Por su físico ya no tiene atractivos. Pero aquí debe emplear su habilidad moral para reemplazar el decaimiento del cuerpo con la hermosura del alma, que no envejece. ¿Cómo lo hará. Siendo más sufrido más paciente y más virtuoso que nunca; aprovechando esa época, antesala de la eternidad, para adquirir méritos y derramar a su alrededor los frutos del conocimiento de las cosas adquirido durante su larga vida y que le permite dar, con dulzura, amor y discreción, los sanos consejos que necesita la inexperta juventud; por algo se dijo: «sigue niño los consejos, de los sabios y los viejos».

El viejo afable, que se hace cargo de lo que es la niñez, la juventud; que trata a cada cual según sus necesidades y su manera de ser; cuán respetado, venerado, escuchado atendido y querido es? No hay duda que los viejos, cuanto más amables, cariñosos, y buenos sean, tantos más beneficios derramarán en torno suyo y más felices podrán ser.

En tiempos de mejor espíritu cristiano, el viejo era más venerado; era una institución en la familia. Un hogar dichoso se componía de muchas personas.

Los padres, los hijos, los nietos, todos sabían que debían atenciones y cuidados al tronco de aquel árbol familiar: al abuelo, a la abuela. En una casa cristianamente bien organizada, donde se practican las virtudes, una de las principales es la veneración y deferencia a los viejos. Y estos cuidados que se le deben, puede el viejo fomentarlos con el cariño y agradecimiento que demuestre a los que se los tributan, y que tanto más se los prodigarán, cuanto más vean que al recibirlos está satisfecho de ellos, está contento a su lado.

Prestemos de lo íntimo de nuestro corazón con amor y respeto, los cuidados que tanto necesita la ancianidad. No olvidemos lo que han hecho por nosotros nuestros padres y abuelos; por mucho que hagamos por ellos, jamás les pagaremos lo muchísimo que les debemos, y que sólo podemos apreciar cuando tenemos la dicha de ser padres.

PILAR MONIAL.

## VARIEDADES

De los males que afligen al hombre, pocos son los que él mismo no se ha buscado; lo que le hace desgraciado es el abuso de sus facultades.

Los dardos de la maledicencia y de la calumnia tienen dos puntas, y hieren a veces la misma mano que los clava.

La memoria semejante a los libros que permanecen mucho tiempo cerrados entre el polvo, exige que se la desenvuelva a menudo; es menester sacudir todos los pliegos para que estén en buen estado cuando haya que hacer uso de ellos.

Más vale tratar con un ladrón que con un embustero; pero a ambos está reservada la perdición.

La estimación que preferimos a cualquier otra es la de aquella persona a quien estimamos.

El amor propio de los necios hace tolerar el de las personas de talento, pero no le disculpa.

Lo que se gasta con profusión se quita a sus herederos; lo que se ahorra sórdidamente, se lo quita uno a sí mismo; el medio es lo justo para sí y para los demás.

El que alaba con sinceridad una buena acción tiene parte en ella.

El pobre carece de muchas cosas; el avaro carece de todas.

La ilusión del avaro es creer que el oro y la plata son bienes reales y efectivos.

El que oculta los males que causó no prevalecerá, pero el que los confiesa y se arrepiente, conseguirá el perdón.

## VOLVER DE JAUJA

Juanito era un muchacho perezoso hasta el extremo de que, si pudiera no masearía los alimentos por evitarse trabajo.

—Tú debías haber nacido en Jauja—le decían sus padres.

—¿Y qué pasa en Jauja, papá?

—Que allí no hay que molestarse para nada.

El niño quedó pensativo; y al día siguiente preguntó en la calle a unos transeúntes por dónde se iba a Jauja.

Ya se conoce que no eres tonto—le dijeron—pero una cosa es querer ir y otra llegar.

Cansado ya de caminar por fin encontró un caballero y le preguntó:

—¿Quiere usted hacerme al favor de decirme por dónde se va a Jauja?

—En ella estás, y ya se conoce que eres recién venido—contestó el interpe-

lado bostezando.—Repara en las casas, que, dicho sea de paso, no sirven para nada. Son de turrón las paredes, y los tejados de caramelo; los árboles... en fin, ya me he molestado bastante y eso que en Jauja me llaman el *incansable*.

—Pues ya ve usted; en mi casa me llaman perezoso, y figúrese usted si soy el más diligente de todos ustedes.

Y separándose de su interlocutor, comenzó a recorrer las calles de la población. Para cerciorarse de que eran de turrón las casas, dió tres o cuatro lamelones en las paredes, y alguno que otro bozado en las ventanas; el suelo estaba entarugado con pastillitos de hojaldre, y el campo estaba cubierto con árboles de guirlache, cuyas hojas eran de riquísimo cabello de ángel.

Apenas hubo corrido cien metros, cuando tropezó en una especie de bomo que había en el suelo; era el vientre de un habitante de Jauja que, por no molestarse, no se quejó del topetazo.

—Usted perdóne—dijo Juanito.

Pero el otro siguió durmiendo del lado a que lo volviera el encontronazo. Miró el muchacho a su alrededor, y no vió si no barrigas abombadas que se destacaban sobre la hierba; eran los habitantes de Jauja que dormían o velaban sin moverse del sitio en que cayeron a su llegada al país. De vez en cuando sonaba algo así como un trueno: era un jaujense que reventaba de gordo y el suelo se lo tragaba, sin duda porque tenía apetito.

Montado en su caballo y marchando con una velocidad de cuatro varas por hora, sin temor de romperse las narices, siguió Juan su camino, admirando las novedades de aquel maravilloso país, hasta que, fatigado se acercó al primero que vió con los ojos abiertos, y le dirigió varias preguntas. El interrogado lo miró sin pestañear y no le contestó, hasta que, cargado Juanito, le abrió la boca y le tiro de la lengua; entonces el jaujense le habló de esta manera:

—Gracias, abierto boca, pegados tenía labios, no abrirlos, lengua paralizada.

Con unos zóiros de juguete tuvo que limpiarle Juanito el polvo de azúcar que le tapaba la boca y las narices, y el de Jauja siguió indolentemente hablando así:

—Aquí no nos movemos para nada: ésta es la tierra de los holgazanes; pero es tanta la comodidad, que no disfrutamos de nada. Todo está a la mano; más por no extenderla, nada cogemos, y gracias a que esta tierra despide un vapor alimenticio que nos nutre. Cada cual elige, para dejarse caer, el sitio que más le agrada.

—¿Caramba!—dijo el chico—¿Conque, si me acuesto, soy perdido?

—Sin género de duda—le respondió el jaujense.

Al bajar los ojos al suelo se encontró en su cama arrodillado, y arrepietido dijo: En adelante no necesitaré que me despierten, seré bueno y laborioso; y, si alguna vez no lo fuera, para castigarme no tendrís más que decirme: «Acuérdate de Jauja».

## La naranja recreativa

El juego más «sabroso» que puede hacerse con una naranja, es el de ablandarla, y luego chupar el zumo poquito a poco. Es un juego éste bien conocido, pero que divierte mucho más al que lo hace que no al que lo mira.

Todos sabéis que oprimiendo la corteza de una naranja de modo que la piel quede hacia adentro, saltan unas gotitas de zumo; si se dirigen estas gotitas hacia una luz (fósforo, bujía, etc), que arda al aire, se forma un «pulverizador» de fuego crepitante.

Pero podemos obtener alguna diversión naranjera que presente más ingenio. Una vez habéis pelado la naranja y os la habéis comido, ¿qué es lo que queda? La corteza y los huesos. ¿pueden utilizarse? Sí señor. Con un tubito de vidrio de los que sirven para contener «cachets» de aspirina o pastillas de menta para perfumar la boca, o cosas parecidas, se puede obtener, apretando la boca del tubo sobre la corteza, discos que servirán para un juego de damas; rojos, blancos, según el sitio como se pongan.

Estos discos se pegan fácilmente a una superficie lisa. Un cartón, una tabla, pueden servir para hacer un «blanco» poniendo allí los discos, combinándolos según los colores, luego se toma una caña; en un extremo atáis una ballena de corsé de modo que esté sujeta por la mitad; un hilo largo de extremo a extremo: una varilla (por ejemplo, un trozo de varilla de paraguas) sirve de flecha... y ya tenéis arma y blanco para realizar magníficos tiros.

Cuando os hayáis cansado de este juego, tomad los discos, atravesadlos con un pedazo de mondadientes de madera, y tendrís otras tantas peonzas con las que se puedan hacer incluso apuestas: a ver qué peonza baila más tiempo, o a ver quién tiene a la vez más número de peonzas bailando.

Pasemos a los huesos. Con extrema facilidad pueden transformarse en pollitos. Basta con pintarles un punto para representar el ojo, y una rayita para cada ala. Atravesad el hueso con un alfiler y pasadlo por una miga de pan. Teniendo ésta entre el pulgar y el índice de la mano derecha se puede mover con la otra, el alfiler: entonces el minúsculo pollito parece picar ávidamente la miga. El efecto es cómico.

Ahora trabajemos con naranjas enteras. Con aquel tubito de antes puede vaciarse la piel de manera que resulten los ojos y la nariz. En los ojos, simientes de manzana pueden ser las pupilas. La boca será un corte en forma de media luna. Si tenéis habilidad, podéis hacer la boca más ancha y trazar los dientes.

Si luego tapáis un vaso con la servilleta, colocáis sobre ésta (coincidiendo con el hueco de la boca) la naranja y tiráis suavemente ya de una parte, ya de otra, de la servilleta, la cabeza se volverá en diferentes direcciones, produciendo una serie de carantoñas muy divertidas.

Con una lengua cortada de la piel y



colocada en la naranja de antes, podéis tener un entretenido juego. Pasad por la naranja un hilo, y por medio de un nudo en la parte inferior, o atándole un pedacito de mondadientes, se quedará la naranja suspendida del hilo; con ello girará sobre sí misma. Se forman los jugadores en círculo, se da el empleo a la naranja giratoria, y la lengua de ésta señala al que deba pagar una prenda, o eliminarse, o lo que se convenga.

Por último: la naranja-alfiletero. Tomad una buena naranja dulce, chupadla voluptuosamente, cuidando de no romper la piel. Cuando hayáis sorbido hasta la última gota del zumo, vaciad el interior y llenadlo en seguida de arena seca. Y poned la naranja al sol hasta que se seque del todo; si le quitáis la arena, quedará una buena cajita para poner alfileres, lápices, etcétera, etc. Si le dejáis la arena, será un excelente arenero.

Cuando os canséis de esto, dadle la naranja seca a la cocinera. Las cortezas de naranja secas arden muy bien, y su olor tampoco es desagradable.

## Vulgarizaciones de higiene y de sport

### LAS CARRERAS A PIE

Los que practican este deporte aseguran que es el mejor para el sostenimiento de la salud y para el desarrollo de las aptitudes físicas.

El consejo en que más insisten los profesionales a los debutantes en este ejercicio, es que no se debe correr ni más tiempo ni con más velocidad de lo que permite una carrera en la que podamos respirar normalmente por la nariz, marchando sobre los dedos de los pies y con el cuerpo inclinado hacia atrás.

Es positivamente exacto que para fortalecerse y para conservar la salud no hay mejor ejercicio que la carrera.

Podemos citar otros muy buenos, como, por ejemplo, la gimnasia, que es el ejercicio que desarrolla de un modo más completo y armónico los grupos de músculos externos; pero lo principal, lo esencial para la salud es el fortalecer los pulmones y el corazón y acelerar la digestión y la secreción de la epidermis... Por eso debiéramos practicar diariamente la carrera a pie, aunque solo fuese en unos cuatro kilómetros y aunque se ejecutase otro deporte.

Con la carrera, el aire penetra hasta el fondo de los pulmones y oxigena la sangre muy intensamente. Si la gente reflexionase hasta qué punto el aire puro proporciona a la sangre una nutrición sana, se preocuparía de no desperdiciar tan precioso elemento. Se cree generalmente, muy equivocadamente, que es un síntoma de debilidad el respirar precipitado y ruidosamente después de una carrera. Al contrario; cuanto más se sopla como una locomotora, más potentes están los pulmones.

El corazón también se desarrolla con la carrera mejor que otro cualquier ejercicio, pues en todos los demás está un propenso a sentir opresiones o latidos fuertes en el corazón, por la tendencia que se suele tener a contener la respiración. Por muy violentamente que lata el corazón después de una carrera, no hay que inquietarse, si el ritmo es regular.

El medio más eficaz para entrar en transpiración es el correr, y hay que sudar todos los días. Es muy conveniente después de la carrera, bañarse en agua fría y darse inmediatamente una enérgica fricción en todo el cuerpo. Así se hace uno casi invulnerable a los resfriados

y a las enfermedades contagiosas, porque con la transpiración se expulsan de una manera natural todas las substancias nocivas y los gérmenes de una porción de enfermedades que suelen estar en estado latente en nuestra piel; al mismo tiempo se elimina una porción de grasa, inútil cuando no nociva. Un prejuicio muy extendido hace creer a muchos que los individuos débiles son los que entran antes en transpiración; al contrario, ese es un indicio de tener una epidermis sana y activa y la prueba de una buena higiene de la piel.

Si se carece de apetito o se sufre de desarreglos en el estómago o en los órganos de la digestión, se debe hacer diariamente un largo paseo a paso gimnástico, y se pondrá uno bueno con una rapidez asombrosa. Pero hay que tener en cuenta que puede ser de consecuencias fatales para la salud el quedarse con la misma ropa sudando y el dejar al sudor que se enfría sobre nuestra piel. Es necesario bañarse después del ejercicio, y si este ofrece dificultades, secarse bien la piel pasando una toalla o serviette sobre el cuerpo, por debajo de la camisa.

No debemos acabar estas ligeras notas sin dejar de hacer constar la influencia favorable que la carrera ejerce, en mayor grado que ningún otro deporte, sobre el desarrollo armonioso del cuerpo. Sería un error enorme el creer que solamente las piernas se desarrollan con este ejercicio o que toman unas proporciones enormes. Naturalmente, las piernas débiles y delgaduchas adquieren músculos; pero las pantorrillas exageradamente gordas se hacen esbeltas. No son las piernas más gordas las más fuertes y resistentes. Comparemos a un caballo de carreras con un percherón. Pero es en los músculos del tronco y hasta en el esqueleto donde la carrera a pie ejerce influencia más beneficiosa. A condición que se acostumbre uno a las respiraciones profundas y rítmicas, este deporte constituye el medio más fácil y más natural, es decir, el mejor, de ensanchar la caja torácica y de aumentar el ancho de las espaldas.

Los antiguos griegos atribuían al ejercicio de las carreras a pie su belleza y su vigor. Y hoy mismo miramos todavía como ideal el tipo masculino de la antigüedad, el tipo de las espaldas anchas, caderas estrechas y las piernas y los brazos bien modelados. Ese tipo es fuerte, musculoso y, al mismo tiempo ágil y resistente.

### EL DOCTOR FRITZ.

## El arte de volar cometas

Algunas noticias muy interesantes sobre su historia y sus aplicaciones

La cometa es de origen oriental. Los chinos, a quienes se deben tantos inventos, fueron los primeros en echarlas a volar. Se atribuye el honor de esta innovación a un célebre general chino, llamado Han-Sin, que vivió hacia el año 200 antes de Jesucristo. Por lo tanto, hace más de dos mil años que la primera cometa flotó en los aires. No fué por distracción por lo que Han-Sin inventó la cometa, sino que fué con fines estratégicos para la guerra, ignoramos con que aplicación.

Ocho siglos más tarde, el año 549 después de Jesucristo, Bajo el reinado del emperador Wou-Ti, de la dinastía de los Liang, encontramos una segunda mención de la cometa, y también empleada para la guerra, para asustar al enemigo, para comunicar órdenes o para lanzar retos.

Hoy sigue siendo la cometa de una importancia enorme en China, donde la usan chicos y grandes, existiendo por ella una veneración supersticiosa, que le atribuye la propiedad de conjurar los malos espíritus. Por eso, no es extraño que el chino que se pone en camino o que sale de paseo, simplemente, lleve atada a la cola de su caballería la cuerda de una cometa que se remonta por el aire.

Es muy curioso ver cómo en las calles muy concurridas se elevan cientos y cientos de cometas de todas clases y de todos colores.

Es particularmente curiosa la cometa «de música», que es la más original. Cada una de éstas tiene en su extremo superior un trocito de caña de bambú, con agujeros; una especie de flauta, en la que silba el aire y cuyos sonidos son graves o agudos, según el estado de la atmósfera. El sistema es casi el mismo que el del arpa cólica. Estas cometas musicales son desconocidas en Europa, salvo en algunas provincias de Rusia, que las han importado de Oriente.

Las cometas orientales están adornadas del modo más artístico. Tanto tienen las formas de pájaros extraños, llenos de un vistoso colorido, como representan un dragón fantástico, cuya cola ondea por el aire. Otras veces son figuras cómicas o terribles monstruos guerreros. Toda la imaginación y la riqueza decorativa de los chinos al servicio de este juego nacional.

Llegó un tiempo en que la cometa empezó a emplearse con fines científicos. En 1752, tuvo Franklin la idea de volar una cometa, durante una tormenta, con un puente metálico para atraer la electricidad de la atmósfera.

El ilustre sabio salió con su hijo y preparó una cometa muy simple, formada con dos cañas cruzadas y cubiertas de tela. La cometa fué soltada y se elevó bien pronto a la altura de las nubes, cargadas de electricidad.

Franklin pensaba, con razón, que la electricidad, atraída por el puente de la cometa, bajaría por el hilo hasta la tierra.

Los minutos fueron de una ansiedad sin límites. ¿Se había equivocado? En esto, la cometa se agita, y Franklin siente una sacudida en la mano. Aproximadamente un dedo, y una nueva corriente eléctrica le hiere. El principio del pararrayos se demuestra. Franklin es ya inmortal.

Al querer imitar este experimento, y el que realizó un magistrado francés, llamado De Romas, posteriormente, hubo de perecer, víctima de la corriente eléctrica, el profesor Richmann, de la Academia de Ciencias de San Petersburgo.

Hoy se usan las cometas para tomar fotografías desde los aires, desde la primera experiencia de M. Arhur Battut, que sujetó un aparato fotográfico a una cometa y se hacía mover el objetivo por medio de una mecha, cuya combustión conseguía oprimir el resorte. Desde entonces, perfeccionando el descubrimiento, se vienen obteniendo pruebas excelentes, en marina de guerra, por ejemplo, para descubrir los barcos que se encuentran más allá del horizonte.

Una cometa puede elevar a un hombre, según la experiencia definitiva de M. Nize. Anteriormente varios sabios habían hecho ensayos de peso y dimensiones, sin atreverse a probar la aventura por ellos mismos. ¡Es un poco comprometido! ¿Qué hace uno a 300 metros, en lo alto de una cometa, teniendo la vida pendiente de un hilo?

No es necesario citar lo útiles que son las cometas para las experiencias de los observatorios meteorológicos.

Gracias a una cometa se salvó el paquebot «Rusia», a punto de naufragar.

## CUENTO BATURRO

### EL HERIDO

— ¡Hola, Casiano! ¿Cuándo has llegado? — Esta mañana. Anoche salimos de Ateca y aquí estamos. ¿Ande vas? — A ver a uno que pué ser que le conozcas, porque es de Paracuellos... — ¿Quién es? — Santiaguico, el chico el organista. — ¡Ya lo creo que lo conozco! De chicos íbamos a coger moricas de zarza. ¿Y qué hace éste?

— ¡Morirse! — ¿Cómo que morirse? — ¡Calla hombre; si mi quedao exámine Hospital el probecio!

— ¿Pus qué pasa? — Anda, vente conmigo y te lo contaré. ¿Tíes mucho que hacer?

— ¡Iba a ver al deputao a pidilo el estanco.

— ¿Y pa qué quías tú estanco, si no fumas?

— Pa que fumes los demás y ganar dinero a cuenta de otro.

— Pus yo, si tuviá estanco, lo tendria pa fumar de balde.

— Anda, amos, no me vengas a mi con ton-tás: ¿se va al Hospital, u no se va?

— Echa a andar, porque vas a saber una cosa que no sabes.

— ¿Y qué es eso?

— ¿Ande dirás que le han hecho una herida a Santiago?

— ¡Qué mi si yo!

— No te lo pués figurar. Yo voy a velo por eso. Ahí viene el tranvia epilético. ¡3000!

(Suben. Llegan al Hospital de la Princesa y logran llegar a la cama donde está el herido todo entrapajado).

— ¡Santiago!

— ¡Hola, Manuel! ¡Hola, Casiano! ¿Cómo habís venido?

— ¡En el epilético!

— ¿Pero cómo habís sabido que estaba yo aquí?

— Po los papeles.

— ¡Anda moño! ¿Tamién hablan de mí?

— Pus ni que yo fuá Weyler!

— ¿Ande está el médico?

— Ahora viene, miálo, ahí viene!

— Bueno. Quié que me expliques ande tíes la herida.

(Llega el médico de la sala).

— Pus en tós el cuerpo. Porque no sé si le dirán los papeles, pero el caso es que me vino con indirectas otro albañil madrileño que trabaja a mi lao, y como yo soy de mi tierra y no tengo por qué aguantele incomenencias a naide, en seguida que me amenazó le di dos puntillazos, y va y me saca una navaja, y miá cómo estoy, en teas partes tengo boquetes.

¡Aquí, en la tripa, tengo un redoncho como una peseta!

— Bueno; pero en las carboneras ¿qué t' hizo?

— ¿Y ese qué es?

— Señor médico, ¿en qué parte el cuerpo están las carboneras?

El médico. — No sé qué quiere usted decir.

— Que éste tíe la herida arrimá a las carboneras. ¿Qué entraña es esa?

— ¡Hombre, déjeme usted curarlo y no diga usted sandeces!

— ¿Y qué son sandices?

— ¡Me caso en sandiez, a mi no me va usted a enseñar a leer! ¿Tíes o no tíes herida en esa parte?

— ¡Vaya, vaya!, déjenos usted en paz y por la puerta se va a la calle.

— Señor, yo vengo aquí a ilustrarme. Aquí está El Liberal. Miasté lo qu'ice.

— A ver, lea usted.

— «El albañil Santiago Aluvies ha ingresado en el Hospital de la Princesa a consecuencia de las heridas que recibió ayer junto a las Carboneras.»

El herido. — ¡Allí jué!

— Ya lo oye usted, yo no digo nunca una cosa per otra.

El médico. — ¡Pero hombre de Dios, si las Carboneras es un convento de monjas que hay en la plaza del Conde de Miranda!

— ¡Ay, qué moño! Pus que se expliquen y no engañen al público. ¡Yo creía que era en algún entestino nuevo!

## TITIRIMUNDI

Semanario netamente católico, redactado ex profeso para niños

En la Librería de Manuel Sintés Rotger, Plaza del Príncipe 17, Mahón, se ha recibido y puesto a la venta el

NÚMERO 4

de dicha publicación.

Imp. de M. Sintés Rotger. — Mahón